

Atrofia Espiritual

La distancia entre la cúpula eclesial nacional y el Pueblo de Dios se ha originado de la inamovilidad y la falta de oración. No hablaremos de los tradicionales Padre Nuestro o Ave María, sino en el verdadero contacto que debe haber con Dios (el que para unos será el Creador, para otros el Gran Ingeniero o para los escépticos “el yo interior”). Me quedaré con este último para señalar que cuando se vive y no miramos hacia nuestra alma no podremos reconocer nuestras capacidades, nuestras fallas, los errores cometidos y el arrepentimiento que nace de hacer las cosas mal y que esa actuación causa daño a los que nos rodean o a alguien en particular. La arrogancia de los que se sitúan como líderes espirituales es lo peor.

La justificación de canones establecidos, el desinterés por la honorabilidad, la búsqueda de la satisfacción sexual y económica para mantener viva nuestra vanidad y los privilegios que nos da estar en determinada posición de poder nos alejan de lo que debe ser la autocrítica, la verdadera conciencia que para algunos se relevará como pecado. Son formas de ir abandonando a Jesús o a nuestro Yo. Para otros será lo mismo, pues creerán que sus vidas han perdido el concepto de moralidad que debería inspirar sus actos. El malo será siempre malo y peor aún mientras no descubra la bondad que ronda en el fondo de su razón.

La inercia y la falta de cercanía con el que sufre provocan una atrofia. La falta de uso de un músculo o de la capacidad de hacer introspección adormece y mata el órgano o el alma y hoy estamos en presencia de demasiados casos de almas duras, impertérritas, que nos han defraudado como nunca antes en la historia de la humanidad se había visto. Estamos perplejos y sufrimos aunque no queramos reconocerlo.

Los que se olvidaron de rezar y por quienes el Papa nos pide orar deben comenzar a revivir mediante el ejercicio de la verdadera oración buscando reencontrarse con Su Primer Pastor. Será como un masaje, doloroso al principio, porque al estar atrofiado se han olvidado como hacerlo. Luego vendrá la etapa de la comunión con el Pueblo y por último el verdadero arrepentimiento por haberle abandonado a Él. Siempre hay razones para abandonar a Jesús, Pedro lo negó y Judas le traicionó mientras sus seguidores sufrían y se desgarraban. Pero ambos se arrepintieron.

Los que cerraron los ojos para no ver La Luz deben atreverse a abrirlos y a caminar entre su Pueblo que reconocerá sus errores y les perdonará. Si no lo hacen no tienen nada que hacer en nombre de Jesús.